



Dos motivos justifican esta ceremonia; la inauguración de la Octava Escuela de Verano de la Universidad y la entrega al servicio público de este nuevo Teatro Concepción.

Las Escuelas de Temporada y, particularmente, las Escuelas de Verano, van siendo en la Universidad chilena un organismo con especiales relieves. Así se explica que en estos mismísimos días la Universidad Técnica del Estado en Santiago; la de Chile en Valparaíso; la Austral en Valdivia y la nuestra en Concepción, inauguren sus Escuelas de Verano con gran despliegue y en medio de no poca expectación de los estudiosos que desean aprovecharlas. Quien sabe si podría agregar que la coincidencia de fechas es, para muchos, un hecho lamentable ya que les impide aprovechar las ~~tres~~ CUATRO.

Es que en esta, ya tradición, actúan dos fuerzas particularmente poderosas: de un lado, la conciencia que tiene nuestra Universidad de su deber para con el público extra-universitario; y del otro, la avidez de nuestro público por instruirse.



No pretendo decir que eso sucede sólo en Chile, pero sí puedo afirmar que por estas razones esto sucede en Chile con mayor relieve que en cualquiera otra parte del mundo.

Muchos rasgos caracterizan al hombre moderno; ninguno, tal vez, más acentuado que su enorme avidez de conocimiento e instrucción. Jamás en la historia, al mismo tiempo, la técnica había estimulado esta inquietud con mayores y mejores medios ni el hombre había tenido más fácil acceso a las fuentes de información y de cultura.

El hombre actual, por eso mismo, tiene conciencia de su papel como "homo historicus" y siente la necesidad de conocer su pasado, de dirigir su presente y de saber hacia donde lo lleva su futuro. Por otra parte, sería difícil que no estuviera permanentemente preocupado por la dirección en que camina esta enorme ola de cambios, descubrimientos y nuevos conocimientos que alteran su vida y que, en cierta forma, la condicionan, orientan y dirigen.

Tal vez nunca en la historia del mundo se ha dado un momento más apasionante que este. Nuestros abuelos nacían y morían en el mismo mundo, con sus mismas costumbres, con el mismo tipo de ali-



mentación, con los mismos conceptos y gustos y hasta con el mismo vestuario. Podían cerrar los ojos y abandonar este mundo con la conciencia de que ninguna cosa nueva iba a alterar este ritmo casi inmutable. Hoy día, morir es como verse obligado a cerrar el libro cuyo desenlace nos apasiona, antes de terminarlo; nunca para un espíritu curioso, pienso, ha sido más doloroso morir; no por la muerte, sino porque se va a dejar de vivir, por lo que se va a dejar de ver, por el suspenso en que va a quedar nuestra curiosidad frente a tantos enigmas que en cualquier momento pueden ser resueltos. ¿Tiene algo de extraño, entonces, que queramos saber, que queramos oír de otros lo que no hemos alcanzado a aprender, que queramos conocer y que queramos comprender el por qué, el para qué y el hacia donde del mundo en que vivimos?

El tema central de nuestra Escuela de Verano este año es "Europa en Chile y en América". Es, en cierta forma, una faceta del tema "Imagen de América" que se desarrolló el año pasado.

Tampoco es este un capricho o una casualidad; nuestro Continente, que tuvo conciencia de sí mismo



hace menos de un siglo, comienza hoy a darse cuenta que el mundo le exige algo más que un vivir despreocupado en una menor edad feliz, y que debe recuperar el tiempo perdido si no quiere llegar atrasado - ¡ay! tremendamente atrasado - al encuentro de los Continentes, que es el mundo de mañana.

Por más de cien años hemos vivido entre dos tendencias: la de aquellos que encontraban suficiente y cómoda una evolución lenta dentro de nuestros prejuicios, juicios y modos tradicionales, y la de aquellos que han querido forzar este proceso porque preveían la inminencia de competencias y conflictos que eran evitables. Dolorosamente la experiencia ha venido a derrotar a los primeros y a poner a prueba los medios y la sagacidad de los segundos.

Parte de este proceso es conocernos; conocernos, no aureolados, como nos gusta, por la condescendencia que se tiene para con los niños, ni estimulados con voces halagüeñas que sólo mencionan aquello que podemos tener de bueno; sino conocernos más en nuestras debilidades que en nuestros méritos, para aprender a corregirlos, para aprender a reemplazarlos; que los méritos ya se cuidarán solos. Y luego de conocernos, y sin mayores demoras, habrá de



venir el momento de emprender nuestro camino por la Historia con plena responsabilidad y plena conciencia de nuestro destino, de ese destino que nosotros debemos forjar y dirigir, como naciones centenarias que somos, así como lo han sabido forjar y dirigir otras naciones, más jóvenes que nosotros, pero que supieron encontrar su camino y enfrentar su destino con menos vacilaciones, con menos lucubraciones y más seguro instinto, antes que nosotros.

Es una lástima que no pueda haber una Escuela de Verano en que hombres indiscutibles, serenos y objetivos, analicen con nosotros con ruda franqueza, el por qué de nuestro atraso, el por qué de nuestro descuido o del rumbo errado en nuestro desarrollo continental y nacional: Qué es lo que hizo que nuestros países, que tuvieron universidades, hospitales, campos de cultivo y organización antes que Norteamérica, quedaran enanos, separados, y menores de edad, mientras que aquel país crecía y se desarrollaba hasta ser el más próspero y poderoso de la tierra.- Por qué países como Australia y Nueva Zelanda, que fueron descubiertos y poblados cuando nosotros éramos ya naciones libres, que tienen problemas raciales y ambientales como nosotros, se han desarrollado



más que nuestros pueblos de América Latina y marchan con paso firme hacia un porvenir cierto y promisor.

No estoy seguro de que una Escuela así no fuera tumultosa, porque probablemente pocos tolerarían oír verdades que resultan dolorosas. Pero creo que sería extraordinariamente útil pues sólo así, sólo oyéndolo de otros, nos podríamos dar cuenta exacta de nuestros errores y de nuestros defectos; no tanto para repararlos, sino para no seguir cometiéndolos.

Hablaremos de Europa en América, porque a Europa le somos deudas las naciones sudamericanas de la cultura que estamos desarrollando. No tanto porque nos la dieran como nos dió el idioma y la religión y muchas tradiciones, a través de España, de esa España heroica que, ¡ay! no tuvo Renacimiento; sino porque nos la ha dado a lo largo de 150 años de independencia a través de la influencia cultural que de allí nos llegaba, viva o escrita, o que allí íbamos nosotros a buscar.

Muchos debemos a España, indudablemente, de lo que somos; pero también debemos, en Chile por lo menos, a Inglaterra, a Alemania, a Francia, a



Italia, por no nombrar sino a los países más destacados, de la sangre que corre por nuestras venas y de las ideas que bullen en nuestros cerebros. Esto es lo que queremos comentar en esta Escuela de Verano que hoy comienza. No esperamos que se diga, necesariamente, algo nuevo, aun cuando esperamos oír cosas viejas miradas con criterio nuevo. Pretendemos, también, que se diga a las generaciones jóvenes, a estas que vinieron a la conciencia después que, en el fatídico 1939, se cortó violentamente la poderosa vinculación cultural que teníamos con Europa, lo que aquellos países nos han dado.

De estas Escuelas se obtienen enseñanzas y no conclusiones. Lo importante es, por lo tanto, que los hombres que a ellas concurren, sean capaces de entender y de aprovechar esas enseñanzas para sacar sus propias conclusiones, incrementar su saber o su información y rectificar su visión de los problemas.

En pocos momentos más, el Director de la Escuela de Verano, Profesor Arturo Tienken, os dirá mayores pormenores de esta reunión que hoy se ini-



cia. Yo me limito, en estas breves palabras, a saludar en nombre de la Universidad, a todos los profesores que nos honran con su presencia y cuyo prestigio dará brillo a la cátedra, y a saludar también a todos los alumnos que, uniendo lo útil con lo agradable, han venido a emplear parte de sus vacaciones en nuestra ciudad, para asistir y prestigiar nuestra Escuela.

- - - - -



El segundo acontecimiento que nos congrega en este recinto es la inauguración de este nuevo Teatro Concepción, en reemplazo de aquel que fuera destruido por los terremotos de 1960. Pese a todos los esfuerzos y al cariño y buena voluntad de tanta gente que hubiera deseado que aquel teatro continuara siendo, la destrucción del edificio no permitió una reparación segura o posible, dados nuestros medios; y nos hemos tenido que inclinar ante una realidad superior a nuestra posibilidades.

El viejo Teatro Concepción escribió tres cuartos de siglo de la historia cultural y artística de la ciudad. Algún día, alguien escribirá su historia. En esta ocasión yo me limitaré a resumir en pocas palabras lo poco que conozco de ella:

A mediados del siglo pasado, Concepción, exactamente como hoy, no tenía teatro y los vecinos se quejaban de que las compañías que llegaban a Santiago, que en ese tiempo era sólo tres veces más populoso que Concepción, no pudieran venir a trabajar aquí. Hubo casos en que los artistas desembarcaron en Talcahuano con la intención de hacer una temporada



en Concepción, y tuvieron que seguir de inmediato porque no encontraron sala.

Por el año 80, el mejor teatro que había en Concepción, el Teatro Galán, situado en Freire al llegar a Caupolicán, fue consumido por el fuego. Pero esto, al empeorar la situación, sirvió de estímulo para que un grupo de caballeros, encabezados por don Jorge Rogers, don Agustín Vargas Novoa y don Oscar Spoerer, lanzaran la idea de construir un teatro que satisficiera los anhelos de la ciudad.

Se creó una sociedad y con la venta de acciones se logró juntar \$ 60.000.-. La Municipalidad, por su parte, cedió el sitio de Barros Arana con Orompello, en la suma de \$ 10.000.-. Con estos elementos se encargó al arquitecto señor Eduardo Fehrmann, en 1885, la confección de los planos, y al señor R. Weber, la construcción.

En 1887 las obras estaban bastante avanzadas y se pudo entregar al uso público el Salón Filarmónico, que después la Universidad transformó en el Salón de Honor, que muchos de Uds. conocieron. Pero los fondos se habían agotado y no había manera de terminar el edificio.



Y lo mismo que 40 años después habrían de hacer los fundadores de la Universidad, se recurrió a una lotería. Se hicieron tres sorteos cuyo resultado fue ampliamente satisfactorio, obteniéndose \$ 112.000.- que, agregados a los \$103.000.- que poseía ya la sociedad, permitieron terminar la obra, cuyo costo total, con muebles y enseres, alcanzó a \$ 240.000.-. Las terminaciones se contrataron con el señor P. Leyland, en la parte decorativa, y con el señor Ansaldo para el arreglo del escenario y la tramoya.

Desde el 9 de Diciembre de 1890, fecha de su inauguración, hasta el 21 de Mayo de 1960, fecha de su destrucción, el Teatro Concepción llevó la vida cambiante de todos los teatros. Tuvo momentos de gloria y fue escenario de grandes figuras del arte escénico, instrumental o coreográfico mundial. Pasó períodos de decadencia, en que el polvo cubría las aposentaduras, cuando no sirvió como cine popular. Pero a pesar de estas vicisitudes, continuaba siendo "el Teatro Concepción", con su hermosa apariencia, su elegante artesanado y su prestancia distinguida y elegante, representativa de una época.

En 1929, el teatro pasaba por un mal período y la sociedad se veía en apuros para mantenerlo. Esta



circunstancia movió a su Directorio a ofrecerlo a la Universidad. Después de algunas conversaciones, se formalizó la operación mediante la cual la Universidad compraba el Teatro Concepción por la suma de \$ 252.757,85.

La Universidad dió al Teatro Concepción nueva vida, aun cuando siempre con las mismas alternativas. El terremoto de 1939 lesionó al Teatro Concepción, pero no comprometió su estructura y permitió una reparación que pareció suficiente. Los de 1960, desgraciadamente, no lo respetaron, y la estructura general, el muro de boca y la techumbre quedaron tan seriamente dañados, que toda reparación se hace problemática, onerosísima y discutible.

Es una honrosa historia, como Uds. ven, vinculada íntimamente a las tradiciones y evolución de nuestra ciudad, que hoy desaparece como han desaparecido tantas cosas del Concepción que muchos de nosotros conocimos. La Universidad habría estado dispuesta a hacer cualquier sacrificio por mantener en pie nuestro viejo Teatro. Desgraciadamente, hubo una realidad inexorable que la obligó: el costo de la reparación y las dudas que siempre habrían subsistido acerca de su condición. Felizmente, las cir-



cunstancias le han permitido adquirir este teatro, el antiguo Teatro Central, reparado y remozado con líneas sobrias y modernas que le permitirá, seguramente, dar a la ciudad el mismo servicio que habría querido dar con el viejo Concepción.

Al entregar este nuevo teatro a la ciudad, lo ofrezco en nombre de los cuerpos directivos de la Universidad, como un nuevo aporte a su obra cultural y de difusión artística, y hago votos muy fervientes por que los esfuerzos que él le significan sean comprendidos y compensados con la acogida y el patrocinio del público.

Escuela de Verano y Sala de Teatro para espectáculos de alta calidad artística son dos de las iniciativas que la Universidad de Concepción realiza para proyectarse hacia su ambiente y para llevar el goce del arte y de la cultura a toda la población.

Al inaugurar en este acto la Octava Escuela de Verano de la Universidad y la entrega al uso público de este nuevo Teatro Concepción, la Universidad cumple con el programa que se ha trazado para bien de la cultura del país y de la región, y, al mismo



tiempo, contribuye a pagar la deuda de respeto,
de cariño y de ayuda que tiene contraída con el
pueblo y, especialmente, con Concepción.

IGG/mrs

Dr. Ignacio González Ginouvés
Rector

Concepción, 7 de Enero de 1963